

PANORAMA ENERGÉTICO

El futuro del petróleo en Colombia

Una noticia reciente decía que las reservas técnicas de crudo llegaron en Colombia a 1.958 millones de barriles lo que nos dará autosuficiencia petrolera de 6.2 años, mientras las de gas natural bajaron a 3.78 terapiés cúbicos, reduciendo la autosuficiencia a 9.8 años. Dicho de otro modo, dentro de 6.2 años tendremos que importar petróleo y dentro de 9.8 años, gas. Es un decir, claro, porque Colombia es importador neto de gasolina -ya que el elefante blanco de Reficar que costó más que el canal de Panamá y generó en 2018 más de US\$250 millones en pérdidas, no da abasto-, y de gas porque en 2018 se importaron 553.000 metros³ para alimentar las termoeléctricas. Por si fuera poco, se importa biodiesel subsidiado de los Estados Unidos (aunque se acaba de poner una tasa insuficiente de importación) lo que tiene en aprietos a los productores nacionales.

Históricamente el sector petrolero ha representado un porcentaje sustantivo del PIB y de los recursos fiscales de la nación. Según leo en un magnífico artículo de opinión, de hace seis semanas en El Colombiano, "en pleno auge petrolero, 2011 a 2014, el ingreso por impuestos y dividendos de Ecopetrol representó el 2.2% del PIB promedio y permitió la reducción del déficit fiscal del 3.3% al 2.6%". Pero, durante el gobierno de Santos, "en lugar de ahorrar



"Abordar ya fomento de las energías renovables"

Rafael Nieto Navia

la bonanza petrolera aumentaron de manera sustantiva el gasto público (no la inversión) -mermelada, diría yo- de lo cual se derivó que hubiera habido necesidad de reformas tributarias cada dos años para esquilmar los bolsillos de los ciudadanos.

Los datos de ingresos futuros del gobierno, por regalías mineras y petroleras y dividendos de Ecopetrol, difícilmente solventarán el déficit que el gobierno Duque arrastra del desperdicio del anterior y ni pensar que podamos, como Noruega, ahorrar hoy para las necesidades de mañana. Porque ¿qué va a pasar dentro de seis años?

El artículo en cuestión sugería la urgencia de iniciar el fracking y daba un argumento muy interesante: dentro de 20 años el mundo entero -a pesar de los Peñalosas que andan por todas partes- habrá pasado a los vehículos eléctricos (autos, camiones, barcos, trenes y hasta aviones) y, como el 50% del petróleo se consume como combustible (el otro 50% se emplea en asfaltos, plásticos, pinturas, disolventes, fertilizantes e insecticidas,

detergentes, cauchos artificiales, poliéster, azufres, petroquímicos, fármacos etc.), el precio caerá proporcionalmente. Terminaba sugiriendo que lo que no explotemos en ese periodo habrá que dejarlo bajo tierra por falta de mercado.

Habría que recordar que los Estados Unidos se volvieron a poner en el primer lugar como productores de petróleo -por encima de Rusia y Arabia Saudita-, gracias al aumento de producción de 1 millón 600 mil barriles diarios, el doble de lo que produce Colombia, debido al fracking. Lo mismo debemos hacer nosotros.

El mundo produce y consume unos 90 millones de barriles diarios de petróleo que arrojan al espacio gases que producen efecto invernadero y generan elevación de la temperatura que está derritiendo los polos. Cada día hay más ciudades con problemas de contaminación por encima de los niveles máximos, con graves consecuencias para la salud. Conscientes de ello los países han pactado reducción de sus emisiones de carbono (Acuerdo de París COP21 2015).

Por ello y mil razones más, los pronósticos mencionados atrás se van a cumplir. Y por eso el gobierno debe abordar desde ya el fomento de las energías renovables y la transformación del parque automotor hacia combustibles no fósiles. Así, más tarde, no nos hará tanta falta el petróleo.



"Desalojo de embajada, ejemplo de firmeza"

Vicente Torrijos

PLANETARIO

Ocupas

A comienzos de año, desde que se rompieron las relaciones entre los EE.UU. y la dictadura venezolana, un grupo de chavistas transgresores se atrincheraron en la sede de la embajada venezolana para impedir el acceso de los diplomáticos legítimamente designados por el presidente Guaidó. En pocas horas convirtieron el sitio en un verdadero muladar y alteraron la apacible vida cotidiana del colonial y victoriano barrio de Georgetown.

De nada sirvieron ni las drásticas ni las afables advertencias de la Policía, ni las manifestaciones de decenas de demócratas que, frente al edificio, les exigían la salida, ni el sentido común, acorde con el momento histórico por el que atraviesa el hemisferio.

Por supuesto, no todos resistieron y, tal como suele suceder con el aventurerismo revolucionario, a la postre solo permanecía en la sede un manojito de exaltados que, en su delirio radical, se negaban a aceptar la realidad. De hecho, la Policía ejecutó inicialmente un simulacro pedagógico de desalojo, confiada en que los extremistas comprenderían la dimensión de su conducta, pero más pudieron las órdenes recibidas desde Caracas para aferrarse a la posición a toda costa.

Finalmente, no quedó más remedio que penetrar el escenario, poner bajo arresto a los desafortunados y dejar a la embajada en manos de la democracia. Como era de esperarse, el canciller de la dictadura, J. Arreaza, advirtió, obviamente sin precisar nada, que evaluaba "respuestas, en el marco del derecho internacional" frente al desalojo de los ocupantes.

Lo cierto es que, temeroso de lo que veía venir, él había venido invocando el art. 45 de la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas, de 1961, y que entró en vigor en abril del 64. Como lo recuerda Santiago Torrijos, "En ese artículo se consagra que en caso de ruptura de las relaciones entre dos Estados, el Estado receptor estará obligado a respetar y a proteger los locales de la misión así como sus bienes. Y que, en caso dado, el Estado acreditante podrá confiar la custodia de los locales y bienes de la misión a un tercer Estado que le resulte aceptable al Estado receptor"

Entonces, Arreaza lo había invocado para asegurar la inviolabilidad de la sede y para que Turquía, como "tercer Estado" se encargara de protegerla. Pero, muy contundentemente, Washington alegó que al no reconocer al gobierno Maduro sino al de Guaidó, no tenía por qué considerar a Turquía como tercero ni mucho menos tolerar la presencia de activistas que, en la práctica, actuaban como ocupantes ilegales, y procedió al desalojo correspondiente, con lo cual, la sede ha pasado ahora a manos del delegado de Guaidó.

En conclusión, este ha sido un excelente ejemplo de firmeza, templanza y acción decisiva contra los usurpadores del poder. Acción que podría servir de estímulo y guía para tomar las decisiones necesarias en el ámbito macro estratégico, pero sobre territorio venezolano y teniendo en mente al palacio de Miraflores, ocupado temporalmente por el dictador.

ALERTA Y PREOCUPACIÓN

La Amazonía en peligro

Colombia es reconocida como el país con la mayor biodiversidad por kilómetro cuadrado del mundo y cuenta además con todos los pisos térmicos, pero, paradójicamente, según las Naciones Unidas, se cuenta entre los veinte países con mayor vulnerabilidad frente al cambio climático.

Colombia, según el más reciente reporte cartográfico del Instituto Von Humboldt, posee 37 complejos de páramos, 50% de los páramos del planeta, todos ellos, a excepción de los de la Sierra Nevada de Santa Marta, ubicados en la cadena montañosa de la cordillera de los Andes. Colombia dispone, además, de 59 parques naturales terrestres y marinos, los cuales abarcan el 11.2% del área continental y el 15% del área marina.

Existe una gran imbricación entre los bosques y el agua, de la cual se sirven para refrescarse a sí mismos y a su entorno, liberando humedad a la atmósfera, la que luego retorna con las lluvias. Un grupo de 50 expertos, liderados por la Unión Internacional de Organizaciones de Investigación Forestal, llegó a la conclusión que entre la evaporación del agua y la transpiración de las plantas en la superfi-



"Allí se concentra el 75% de la deforestación del país"

Amylkar Acosta*

cie terrestre contribuyen en un 63% a las precipitaciones. Esto es lo que se conoce como el ciclo hidrológico. Y de contera, la vegetación contribuye a la conservación, reproducción y desarrollo sostenible de todas las especies que habitan el globo terráqueo, incluido el ser humano.

Pero la deforestación galopante es la peor amenaza que se cierne sobre esa gran biodiversidad, especialmente en la zona amazónica. El caso más patético es el del Parque Nacional Natural Serranía Chiribiquete, el cual junto con la Sierra de Nuquén y la Serranía de la Macarena son los sistemas montañosos más importantes de la Amazonia. El mismo fue incluido por la Unesco, en 2018, en la Lista de sitios Patrimonio Mundial de la Humanidad, siendo catalogado como el único sitio mixto cultural y natural de Colombia, destacándose por sus caracte-

risticas geológicas y por el asentamiento de comunidades aborígenes, así como especies endémicas.

Pues bien, como la mayor deforestación se viene dando en la Amazonia, se está poniendo en entredicho no sólo su integridad sino la conectividad ecológica regional, así como la conexión natural entre este parque y las áreas protegidas que lo circundan. Al ecocidio provocado por la deforestación se viene a sumar la amenaza de un etnocidio, toda vez que está poniéndose en grave riesgo la supervivencia de los pueblos indígenas asentados allí en aislamiento voluntario. Se teme que corran la misma suerte que la flora y la fauna.

Y es justamente en la Amazonia en donde, de acuerdo con World Resources Institute, se capturan 140 toneladas de carbono por hectárea, la mayor densidad en el mundo de carbono almacenado como biomasa. Por ello es considerado el pulmón del mundo. Pues bien, según el IDEAM, allí se concentra el 75% de la deforestación en Colombia. Con ello se está poniendo en riesgo la conexión y la conectividad entre la Amazonia y los Andes.